dos negros, que estaban cada vez más asustados. Tomé una lanza y herí con ella á la serpiente en la parte posterior de la cabeza. Ordené á uno de los negros que apretara la lanza contra el suelo en forma que la serpiente quedara clavada.

Entonces penetré en la caverna y me arrojé sobre la cola de la serpiente.

En el momento en que la serpiente se sintió herida dejó oir un espantoso silbido que causó tal terror á mi perro que huyó aullando para no reaparecer.

No me preocupé del perro, pues estaba ocupado en sostener una lucha terrible en el interior de la caverna, donde, como ya he dicho, trataba de sujetar la cola del monstruo. Viendo que mi peso y mis fuerzas no bastaban para sujetar la cola, ordené al otro negro que se echase á mi lado.

Este peso adicional me favoreció grandemente. La serpiente acabó por convencerse de que luchaba contra fuerzas superiores á las suyas y cedió.

Aproveché los momentos y mientras el primer negro seguía sosteniendo la lanza y el segundo estaba echado sobre la cola yo

salí de la caverna y sujeté con una cuerda las quijadas del reptil.

La serpiente al verse tan molestada volvió á forcejear, pero también esta vez quedó vencida.

Yo procuré hacerla rodar alrededor de la lanza, siempre fija en el suelo y de este modo logré sacarla de la caverna.

Cuando la tuvimos fuera la levantamos sosteniéndola yo por la cabeza, uno de los negros por el cuerpo y el tercero por la cola.

Nos dirigimos lentamente á mi cabaña á la que llegamos después de habernos detenido más de diez veces para descansar, porque la serpiente era demasiado pesada para que pudiéramos llevarla sin hacer ningún alto.

Tenía catorce pies y su diámetro era el de una boa de veinticinco.

El día estaba muy avanzado para que yo pudiera entretenerme en disecar al reptil inmediatamente, por lo que ideamos meterle en un saco que sujetamos fuertemente por la boca.

No puedo, en verdad, decir que pasé la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

noche tranquilamente; mi hamaca estaba muy cerca de la conlacanasa que en toda la noche no dejó de agitarse y de silbar.

Al amanecer del día siguiente, ordené á varios negros que fueran al vecino bosque á cortar palos; tal vez fuera una precaución inútil, pero yo tenía miedo de que la serpiente se me escapara al abrir el saco.

No se confirmaron mis temores: en el momento en que sacaba el cuello, la corté la cabeza. Sangró tanto como hubiera sangrado un buey degollado.

Pocos días después me puse en persecución de una conlacanasa que yo había visto internarse en el bosque.

Como era pequeña, comprendí que no tendría fuerzas bastantes para romperme el brazo en el caso de que se enroscara en él.

No tenía momento que perder si no quería que desapareciera entre los matorrales.

Puse una rodilla en tierra y cogí la cola de la serpiente con mi mano izquierda al propio tiempo que con la derecha le presentaba el sombrero á guisa de escudo.

La serpiente se enroscó inmediatamente

como para pedirme explicaciones por la libertad que me tomaba con ella.

Dejé que aproximase su cabeza hasta que estuvo á unos dos pies de distancia de mi rostro y entonces la descargué un formidable golpe.

La serpiente quedó aturdida por la violencia del golpe y sin darla tiempo para que se repusiera, la cogí por el cuello de forma que no pudiera morderme.

Cuando la tuve así, la dejé que se me enrollara al cuerpo tan á gusto como quiso y entré triunfalmente en mi habitación con mi presa.

La serpiente apretaba tanto como podía, pero sus fuerzas no eran tantas que me hiciera correr peligro alguno.

***

Lo que decía Watestón de los silbidos de la serpiente por él cogida no extrañará á aquellos de mis lectores que habitaban en el Bulevar de los Italianos en la época en que se quemó el bazar, pues no dejarían de oir

los silbidos de las dos boas que se abrasaron vivas.

Yo que fuí al bulevar como otros muchos curiosos, declaro que no había oído jamás una música más espantosa, ni aun teniendo presente el *Te Deum* Kalmouk que el príncipe Tumaine nos hizo oir en su pagoda.

***

Mis lectores tendrían motivos para extrañarse sino dedicara algunas palabras á la gran serpiente más popularizada por *El Constitucional,* quien de cuando en cuando, anuncia á sus suscriptores la reaparición.

Aunque después de lo que el periódico semioficial ha dicho ya de este monstruo, es un tanto ridículo hablar de él y sostener su existencia. Los naturalistas no le incluyen resueltamente en el grupo de los hidros, de los dragones y de los basiliscos. Algunos pretenden que este animal y el kraken es uno solo; otros afirman que el kraken es un gigantesco pólipo que habita los mares

del norte, y que tiene cerca de media legua de longitud.

Los pescadores noruegos creen firmemente en la existencia del kraken.

Cuentan, y en Finlandia he oído referir la misma historia, que durante los hermosos días de los calores del estío, cuando se internan algunas millas en el mar, en lugar de la profundidad ordinaria, que es de 8000 brazas, no encuentran más que veinte, treinta ó cuarenta.

Opinan los pescadores que en aquel punto hay varios krakens.

Añaden que, en este caso, la pesca es muy abundante; pero han de tener constantemente la sonda en la mano para ver si la profundidad disminuye. Si ocurre esto, es señal de que el monstruo sube á la superficie, y como en su cuerpo cabe perfectamente un navío, los pescadores se retiran rápidamente.

Cuvier ha reconocido el kraken y le ha bautizado con el nombre de *cefalópodo*, es decir, que tiene los pies sobre la cabeza. Este naturalista considera el cefalópodo como animal muy distinto de la serpiente de mar.

Probablemente á un krake se refiere Plinio en su descripción del pez montaña, al que se dió muerte en las costas de España, y que pesaba más de siete mil libras. Sus brazos eran tan gruesos que un hombre no podía abarcar su circunferencia con ambos brazos.

Como el kraken, considerado como cefalópodo, no tiene ninguna analogía con la serpiente de mar, hacemos punto, aconsejando á aquellos de nuestros lectores que deseen más detalles sobre este monstruo, que lean «Las cazas y pescas en América del Norte», libro escrito por nuestro amigo Benedicto Revoil.

Nosotros pasaremos á hablar de la serpiente de mar, tomando también el relato de este libro para no meternos en terreno de *El Constitucional,* que parece tenerlo exclusivo para tratar este asunto.

Conste que es Benedicto Revoil quien habla.

***

«Siempre recordaré que en 1846, encontrándome en Newport durante el mes de

Agosto, es decir, en la época de los baños de mar, oí hablar en la mesa redonda del hotel que un ballenero que había llegado al anochecer á la ciudad aseguraba haber visto en aguas de la isla Nantukez, una enorme serpiente de mar que se había sumergido rápidamente para reaparecer unos quinientos metros más lejos, visible por todas partes y presentando las espantosas proporciones de un monstruo inconmensurable.

El miedo había impedido á los marineros perseguir á la serpiente; pero con el telescopio se la persiguió todo el tiempo que fué posible hasta que desapareció en la dirección del cabo Cod.

Al día siguiente el periódico de Newport reproducía el relato en todos sus detalles, y anunciaba que se había hecho á la mar un navío para perseguir á tal serpiente.

Como amigo de lo maravilloso, fuí en seguida á la redacción del periódico, donde encontré al autor del artículo haciendo sus preparativos para la marcha. Iba á la pesca ó á la caza, como se quiera, de la serpiente de mar, y me instó para que le acompañara.

Inútil decir que acepté la proposición, que me satisfacía en alto grado.

Un cuarto de hora después me embarcaba en el navío, á cuyo bordo encontré cerca de doscientos aficionados armados de rifles de todas clases y de todos calibres.»

***

Sigue la descripción, que suprimimos, de cuanto pasó la primera noche.

Volvemos á coger el relato al comenzar el nuevo día.

«Mi *toilette* y la de mi amigo quedaron pronto acabadas, y fuímos los primeros que nos encontramos sobre el puente con nuestras escopetas en una mano y el telescopio en la otra, interrogando al horizonte á través de la bruma que nos rodeaba.

Poco á poco la cubierta se fué llenando de cazadores y aficionados á este *sport* completamente nuevo. No faltaban más que mujeres para que la fiesta hubiese sido completa.

Dos horas pasaron en una espera llena de impaciencias.

Ya empezábamos á perder las esperanzas de encontrar al monstruo.

De pronto se oyó una voz que gritaba:

—*Goad god i see lum* (Dios bueno, yo le veo). Miradle allí abajo, allí abajo, hacia el Norte, en la dirección del cabo Cod, una masa movible que parece una gran hilera de toneles. ¿Lo véis?

Al principio creí que se trataba de un engaño; pero no dejaba de mirar con la ayuda de un buen anteojo de Chevalier, que me acompañaba en todas mis excursiones de caza.

Por fin, en dicha dirección, vi, conforme á las indicaciones que se nos habían hecho, un inmenso pescado, que se curvaba en forma de S sobre un mar bastante encalmado.

Nuestro capitán dirigió el navío contra aquella masa movible, forzando el vapor.

No cabía duda de que se trataba de una serpiente de mar; el mónstruo no era un mito, sino una horrible realidad.

Un cuarto de hora después, estábamos á corta distancia de la serpiente: podíamos medir con bastante exactitud sus dimensio-

nes y distinguir sus formas, que eran las de una anguila gigantesca y muy gruesa en el centro del cuerpo, y provista de aletas grandes como brazos; sólo la cabeza desaparecía bajo el agua, y como era la parte más lejana, nos era imposible apreciar el conjunto de la forma.

Hallábamonosá tiro de cañón del mónstruo, cuando uno de los cazadores que estaba en la proa tuvo la desatinada ocurrencia de hacer fuego.

Este mal ejemplo fué la señal de una descarga general; pero mucho antes de que cada uno de nosotros hubiera podido descargar su arma, la serpiente desapareció, no dejando tras sí más que una pequeña estela, que también se perdía momentos después.

***

Otro viajero moderno pretende haber visto una serpiente de mar, y da sobre ella detalles bastante precisos para que no se pueda dudar de la exactitud del relato.

Es el francés Ducouret, más conocido por el nombre árabe Hadji-Abd-el-Hamid.

«En uno de los viajes que hice en barca, de Laberón á la isla de Camerán, los remeros se detuvieron de pronto y me mostraron, á veinte ó treinta metros de nosotros, flotando sobre las olas y siguiendo sus ondulaciones, una enorme serpiente enroscada.

Formaba un círculo perfecto, en cuyo centro se veía la cabeza.

Iba yo provisto de una escopeta y quise hacer avanzar á los remeros, pero se negaron obstinadamente á obedecerme; todo lo que pude lograr de ellos, fué que no huyeran. De este modo pude contemplar el animal con detención.

Podía tener de veinte á veinticinco metros de largo y sesenta centímetros de espesor; su cabeza presentaba el volumen de una cabeza de niño; los tres colores más aparentes de su cuerpo, eran el rojo, el negro y el blanco. Tenía el vientre amarillo y negro y sus escamas eran muy visibles. Los árabes conocen esta especie de serpientes. Pretendían que tenía patas, probablemente porque tomaban por tales las aletas.

El reptil no parecía preocuparse lo más mínimo por la proximidad de nuestra bar-

ca; su única preocupación era dar caza á gran número de pájaros que revoloteaban cerca de él. Algunos se aproximaban tanto, que le bastaba al reptil alargar la cabeza con movimiento ligero para coger uno, que tragaba sin el menor esfuerzo. Esta operación se renovó tres ó cuatro veces con la misma estupidez por parte de los pájaros y la misma seguridad en los movimientos de la serpiente. Yo aproveché un momento en que se disponía á engullir el cuarto pájaro para hacer un disparo contra la serpiente.»

***

He prometido dar algunos detalles personales sobre los descendientes de las famosas serpientes que hicieron retroceder á los soldados romanos, impidiéndoles ganar las orillas del mar Caspio. Hacia el año 58 tuve ocasión, regresando de Inkhoran, de atravesar las estepas comprendidas entre la Arasca y la Koma.

Era á fines de Noviembre y las estepas estaban desiertas. Nos dirigimos á un grupo

de casas situadas cerca de la Arasca y pedimos á los habitantes noticias de las serpientes que no veíamos por ninguna parte.

Los interrogados nos dijeron que á seis pulgadas de profundidad encontraríamos lo que inútilmente buscábamos en la superficie.

Mediante dos ó tres rublos, dos hombres consintieron en hacer una fosa. Tomaron una azada y un pico y echaron á andar. Habrían caminado una media vesta, cuando se detuvieron consultándose con la mirada. Debieron ser de la misma opinión, porque sin hablar palabra se pusieron á cavar. Al cabo de diez minutos de trabajo, encontraron una especie de subsuelo, y en este subsuelo tres serpientes enroscadas.

Estaban echadas en una especie de lecho de estiercol y hierba seca, que parecía haber sido preparada de antemano.

Se puso con cuidado, para no herirla, el pico sobre el cuerpo de una de las serpientes. El hombre que había hecho esto, tiró con fuerza y sacó á las tres serpientes completamente aturdidas y con todas las apariencias de la muerte.

La más grande tenía dos metros veinte centímetros, y era un poco más gruesa que la muñeca de un hombre. Su piel gris estaba salpicada de manchas negras en la parte correspondiente á la columna vertebral y de placas amarillas en el vientre.

Interrogamos á uno de los hombres, quien nos dijo que en la primavera estas serpientes salían de sus escondites en tal cantidad, que nadie era osado á atravesar á pie las estepas, pobladas además de cien especies de animales venenosos. El escorpión es uno de los animales que más abunda. Los pocos viajeros que se habían atrevido á hacer aquella peligrosa exploración, hiciéronla sobre camellos, á los que previamente habían cubierto las patas con botas de cuero y la cabeza con una máscara de alambre muy semejante á una careta de esgrima.

Hacia el mes de Septiembre se enviaban á las estepas numerosos rebaños de carneros; los pastores marchaban detrás sin temor alguno, porque los insectos y los reptiles huyen al ver que se aproximan los carneros. La serpiente no puede hacer daño ninguno á los carneros bien defendidos con su lana,

y éstos encuentran manjar exquisito en la carne de los insectos. Tal es la razón de que los habitantes del Cáucaso usen botas y abrigos de piel de carnero. El olor que despide el carnero,—olor que conserva la piel,—basta para alejar á los insectos venenosos.

Nuestros guías nos dijeron también que del 15 de Abril al 15 de Mayo de cada año, época del celo de los reptiles, descienden de las montañas de Persia bandadas de reptiles que atraviesan la Araxa y se establecen en la estepa de Moghan para buscar hembras. Entonces, sobre una superficie de diez leguas, se verifica la unión de los reptiles entre silbidos estridentes, y sobre los matorrales se ven flotar millares de cabezas movibles que se buscan con ojos de gorgona y se juntan con abaros de Medusas.

***

Desde las estepas de Moghan fuí á Tiflir, y allí, tuve el honor de ser presentado al príncipe Orbeliani, yerno, según creo, del último rey ó del hijo del último rey de Georgia.

Gozaba el príncipe reputación de encantador de serpientes y se me han referido de este hombre gran número de anécdotas que no me decido á transcribir, porque no he tenido ocasión de comprobar su exactitud.

Lo que sí sé, y lo que por consiguiente puedo afirmar, es que era el príncipe poseedor del famoso talismán de que se habla en las *Mil y una noches*, llamándole el *besoard*, talismán de que también nos hablan casi todos los viajeros que han estado en la India, y al que distinguen con el nombre de *piedra de las serpientes*.

La piedra del príncipe Orbeliani ofrece la forma de un haba, es de color azul celeste, tiene muy poco peso y es de aspecto esponjoso. Yo no he visto que nadie haya sido curado por este talismán, pero voy á referir lo que se me ha relatado.

Tan pronto como un habitante de Fiflis, ó de las cercanías, es picado por una serpiente, por un escorpión ó por otro animal venenoso, va al palacio del príncipe Orbeliani, que en este caso pone su precioso antídoto al servicio del último aldeano.

Si la herida no es muy reciente y ya no

sangra, se provoca la sangre con un pinchazo de lanceta ó de bisturí, y á falta de estos instrumentos, con un alfiler, y en seguida se aplica la piedra sobre la herida. La piedra se impregna rápidamente del veneno y cambia su color azul por un tono gris ceniza. Luego se lava en leche caliente y recupera su primitivo color; entonces se aplica nuevamente sobre la herida hasta que conserve su color azul, á pesar de estar en contacto con la sangre. Esto prueba que el veneno ha desaparecido y que la herida no ofrece ya ningún peligro.

***

¿No es cosa por demás curiosa que la Naturaleza, que ha dado á las serpientes la facultad de fascinar á los otros animales, haya dado al hombre la facultad de fascinar á las serpientes?

Con mis propios ojos he visto en Marruecos y en otros sitios de Africa encantadores de serpientes que viajan ordinariamente por grupos de cuatro hombres: tres músicos y el encantador.

La música la forman por lo general dos flautistas y dos tamborileros. Las flautas, que los mismos músicos se fabrican, producen un sonido melancólico no exento de encanto; el tambor es casi siempre la mitad de una gruesa calabaza sobre la cual está estendido un pedazo de piel de asno ó un pergamino. El músico golpea sobre este tambor con un solo palillo, lo cual le hace producir un ruido sordo y monotono, que acompaña maravillosamente á la música del flautista.

Los primeros que nos encontramos estaban indolentemente echados en la plaza de la Karba, de Tánger. Unos tenían el tambor colgado del cuello, los otros las flautas en la mano. Cerca de ellos estaba un cesto de juncos recubierto con una piel de cabra. Hacía un calor de 40 á 50 grados, y el sol caía á plomo sobre la plaza.

Hago constar este detalle para que se comprenda que las serpientes que luego vimos no estaban aletargadas por el frío, sino todo lo contrario, despiertas y excitadas por un calor casi tropical.

El judío que nos acompañaba me puso la mano sobre el brazo.

—¿Quiere usted ver encantadores de serpientes?—dijo.

—Sí,—le respondí.

—Hé aquí uno.

Y al decir esto me designaba á un hombre que no tenía ningún instrumento de músico ni en la mano ni pendiente del cuello, pero que tenía el cesto entre sus piernas.

—¿Qué es necesario hacer?—pregunté á David; mi guía se llamaba como el vencedor del gigante Goliath,—¿qué es preciso hacer para que esos hombres nos den una representación de su espectáculo?

—Es preciso que me ordene usted que les ofrezca en su nombre uno ó dos thalaris.

—Ofréceselos.

El *thalari*, como todos saben, equivale á una de nuestras piezas de cinco francos; la mayoría de los thalaris están acuñados en Austria, por lo que se ve en ellos la efigie de la emperatriz María Teresa. El nombre de thalari no es más que la corrupción de la palabra *thaler*.

David hizo el ofrecimiento al encantador de serpientes, quien se sentó para escuchar-

le, y habiendo aceptado la propuesta despertó á sus tres compañeros.

Estos dejaron escapar algunos gruñidos que recordaban el del animal inmundo que tanto horror produce á los israelitas; se desperezaron, tomaron como á la fuerza sus flautas unos, el tambor el otro, y por fin con visible mala gana se pusieron los flautistas á soplar y el tamborilero á golpear el parche.

El encantador presentaba la mano á las víboras que se precipitaban furiosas, pero deteniéndose siempre antes de picar. Tenía el encantador en la otra mano una varilla con la que tomaba á los reptiles levantándolos.

Las víboras comenzaron á silbar y como si este silbido fuera una señal para el *cobra-capello* enroscado en la cabeza del encantador, alzó rápidamente la cabeza que en lugar de colgar á nivel del cuello tomó una posición vertical y á su vez comenzó á balancearse como tallo flexible azotado por el viento; al propio tiempo sus ojos enrojecían como carbunclos y su cuello se hinchaba rápidamente.

Al cabo de cierto tiempo el encantador

asió por el cuello á uno de los cerastes, tomándolo con la mano izquierda y cubriéndole la boca con uno de los cabos de la varita mostró los dientes huecos y venenosos de que las mandíbulas del reptil estaban armados, y del que salió un licor amarillento, después cuando le hubo excitado hasta el paroxismo de rabia le presentó el brazo que retiró rápidamente antes que el reptil hubiese podido morder; por fin á la quinta ó sexta vez le permitió que clavara los dientes en la carne y levantando el brazo la presentó suspendida del antebrazo del que manaba la sangre que en delgados hilos corría á lo largo del cuerpo de la víbora y caía gota á gota por el extremo de la cola.

Entre tanto el encantador elevaba las manos y murmuraba una oración á *Sedna Tirer* patrón de los encantadores de serpientes.

Ya terminada la invocación al son de la flauta y del tambor, el encantador hizo saltar de un puntapie la piel de cabra que cubría el cesto, con lo que quedó al descubierto una madeja de cuerpos verdosos enroscados en forma tal que á mí me hubiera sido imposible distinguir unos de otros.

El encantador metió la mano en el cesto y sacó un *cobra-capello,* es decir, uno de los reptiles más peligrosos de Africa; se extendió corriendo ambas manos en sentido inverso á lo largo del cuerpo de la serpiente, con igual tranquilidad que un cocinero pudiera hacerlo con una anguila; luego se la colocó á modo de turbante sobre la cabeza dejando caer la cabeza á la altura de su cuello.

Sin dejar de danzar el encantador, metió por vez segunda la mano en el cesto, después otra vez sacando dos cerastes, es decir, un víbora de la especie más peligrosa, que dejó rápidamente sobre la arena.

Tan luego como los reptiles sintieron el calor del sol y se encontraron á la luz solar parecieron resucitar por aquel calor y aquella luz, y enderezándose sobre la cola, balanceando las dos terceras partes de sus cuerpos, parecían danzar al compás de la monotona música.

Al cabo de algunos instantes el ceraste soltó su presa y cayó á tierra; inmediatamente el encantador de serpientes se llevó la herida á la boca para chupar á la vez el

veneno y la sangre, teniendo cuidado de escupir ambas cosas y sin dar muestras de otro dolor que el que le hubiera causado la mordedura de una serpiente.

Yo creo fácilmente en las cosas increíbles, pero me acompañaban otras personas menos dispuestas que yo á creer que no había ninguna clase de superchería en lo que acabábamos de ver.

Algunos de mis compañeros manifestaron sus dudas.

El intérprete se apresuró á traducir las palabras de mis amigos al encantador de serpientes.

Esta desconfianza iba á ser fatal á un perro vagabundo, que por curiosidad, habia formado círculo alrededor de las serpientes mezclado con gran número de vecinos de Tanger.

El perro, que contemplaba el espectáculo con canina indiferencia, no sospechaba seguramente, el importantísimo papel que la suerte le reservaba.

El encantador tenía que convencer á los que dudaban, y el perro le proporcionaba un medio de prueba.

Rápidamente se arrojó el moro sobre el perro, le asió por la piel del cuello, y antes que el pobre animal pudiera sospechar de lo que se trataba, le colocó junto á la víbora que acababa de morderle.

El reptil se arrojó sobre el perro con rabia igual á la que había demostrado al arrojarse sobre el hombre.

El perro fué picado en el labio inferior.

El can dió un grito y huyó con la víbora suspendida del labio herido.

Minutos después se desprendía la víbora y caía á tierra como una sanguijuela que abandona su presa, quedando el perro en completa libertad.

Pero ya era demasiado tarde.

De pronto, se detuvo el perro como si hubiera sido sujetado por una prepotente mano.

Luego se le vió estremecerse convulsivamente, al propio tiempo, que aullaba con desesperación.

Empezó á revolcarse en el polvo, se encogía y se estiraba por sacudidas.

Momentos después, se inició la agonía, y

comenzó á arrojar por boca y nariz un licor amarillento.

Cuatro minutos después moría.

Un pollo que se le entregó al encantador, y que fué mordido por la misma víbora que ya había mordido al hombre y al perro, murió mucho más rápidamente que el can.

En cambio, el encantador no recibió el menor daño, y al día siguiente, volvimos á encontrarle en una de las calles de Tanger con el cesto de las serpientes debajo del brazo, seguido de los tres músicos y pronto á repetir sus experimentos en cuanto algún curioso le ofreciera dinero.

***

Y sin embargo, la mordedura del ceraste es mortal.

Muchos hombres que por este reptil han sido picados, han fallecido á las pocas horas entre horribles sufrimientos.

M. Fernando de Lesseps me refería ayer que entre los hombres que trabajaban en el istmo de Suez, dos fueron mordidos por víboras cerastes.

De estos dos hombres á uno se le salvó la vida porque hubo proporción de cauterizarle rápidamente la herida, aplicándole un hierro candente.

El otro murió al cabo de seis horas.

Yo que he presenciado varias veces estas escenas de los encantadores de serpientes, y que he visto renovarse en pollos y en perros los accidentes que acabo de descubrir, mientras el hombre quedaba siempre sano y salvo, no vacilo en afirmar que debe de haber una especie de circulación parecida á la descubierta por M. Errán, con la ayuda de la cual los encantadores de serpientes pueden impunemente resistir las picaduras de los reptiles más venenosos.

Estos encantadores de serpientes tienen además otra industria que yo les he visto ejercer en Tetuán y en Constantina.

Cuando la danza de los reptiles les ha proporcionado regular ganancia, encierran á los cerastes, los *cobra-capellos* y las serpientes en el cesto; los flautistas dejan de tocar; el tamborilero pone su media calabaza debajo del brazo, y la tribu, que es generalmente una rama de la secta de los aissaoua, es de-

cir, de los *lamedores del fuego*, y comedores de escorpiones, se echan á rebuscar por la ciudad, sin dejar hueco ni casa sin mirar.

Cuando ven una casa de buena apariencia, el jefe, es decir el encantador de serpientes se para, llama á la puerta, y en nombre de Mahoma pide licencia para hablar con el propietario.

Lograda ésta, le dice:

—Hermano, te advierto que en tu casa hay serpientes.

Casi todos los propietarios conocen bien á los encantadores, así que no es preciso que éstos hablen para que aquéllos adivinen lo que se les va á decir.

No habrá para que añadir que la noticia les produce desagradable impresión.

En general la vecindad de los reptiles, y sobre todo, de los reptiles venenosos es poco grata.

Las mujeres que se han confiado á las serpientes, comenzando por Eva y acabando por Cleopatra han tenido un final desastroso.

Esto explica porque el aviso del encantador produce gran disgusto á todas las

personas de la casa, especialmente á las mujeres.

El propietario entra en trato con el encantador, y una vez fijado el precio, que suele ser el de un thalari por serpiente, el mozo se compromete á limpiar la casa de los reptiles que haya.

Hé aquí como yo les he visto practicar su arte, especialmente á un mozo llamado *Abd-el Kerim*, es decir, *el esclavo del que da.*

Una vez aceptado el precio, el encantador se vuelve hacia los cuatro puntos cardinales haciendo sendas y muy pronunciadas zalemas.

En seguida anuncia los nombres de las serpientes que hay en la casa.

Por fin obtiene del propietario autorización para dar comienzo á su tarea.

Los tres músicos se sientan formando un pequeño círculo y los flautistas comienzan á tocar acompañados por el tamborilero.

El del tambor tiene en la boca hierbas aromáticas, cuyo grato olor distribuye en todas direcciones al propio tiempo que grita sinceramente: ¡Alah! ¡Alah! ¡Alah!

Entre tanto el encantador hace oir un sil-

bido particular que tiene, indudablemente por objeto, llamar la atención de los reptiles.

A medida que el encantador silba, se ve descender á lo largo de las paredes y salir de debajo de los muebles una veintena de escorpiones que forman la vanguardia de las serpientes y que acuden al llamamiento del moro.

El encantador reune á estos animales en un montón, los coge con las manos y los guarda en la camisa.

Después se pone á silbar con nuevas modulaciones.

Un *cobra-capello* salió de debajo de unos cojines, adelantándose hacia Abd-el-Kerim, quien cogiéndola la metió en su saco.

Los soplos de aire, los gritos d'Alah y todos los silbidos comenzaron nuevamente.

Una segunda serpiente saliendo de una alcoba se dirigió hacia Abd-el-Kerim.

El encantador asióla como á la primera y la introdujo en el saco.

—¿Hay más todavía?—interrogó el propietario poseido de ese miedo retrospectivo que hace palidecer al más valiente.